LIBERTAD Y TRABAJO

ALEJANDRO LLANO CIFUENTES
Departamento de Filosofía. Universidad de Navarra (Pamplona)

*Introducción**

Según han señalado recientemente destacadas personalidades de la Iglesia católica como el Cardenal Lehmann, presidente de la Conferencia Episcopal de Alemania, y el Cardenal Wetter, arzobispo de Munich, uno de los impulsos decisivos de la vivencia cristiana en el siglo XX (junto al movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y el movimiento ecuménico) ha sido indudablemente la toma de conciencia del activo protagonismo que a los laicos compete en la Economía de la Salvación, como miembros con pleno derecho del Pueblo de Dios.

La trascendencia de este emerger de los laicos a la plenitud de la vida eclesial es difícil de exagerar. Porque no sólo representa la reivindicación del papel que a la mayoría de los cristianos corresponde, sino que lleva consigo la valoración positiva de las realidades terrenas, y de la actividad de las mujeres y de los hombres en ellas. Es el rescate del mundo –entendido como el conjunto de los asuntos, de *prágmata*, más que de meras cosas– para insertarlo en el dinamismo redentor operado por el Hijo, iluminado por el Espíritu Santo y dirigido hacia el Padre. El carácter secular de la existencia cristiana deja de considerarse un factor de aminoración, casi un obstáculo, para hacerse camino, realidad salvada y salvadora. Lo cual dista mucho de constituir un aspecto ornamental o complementario de la visión cristiana de la realidad. A esta *christlische Weltanschauung* pertenece, como rasgo esencial, la neta distinción entre Dios y su vida íntima, por una parte, y el mundo por Dios creado de la nada, por otra. El mundo se desmitifica, el mundo se desacraliza, las realidades creadas adquieren autonomía y consistencia propia, sin dejar por ello de depender radicalmente de su Creador y de que la Gloria de Dios llene el universo y cuanto hay en él.

*. Los títulos intermedios no son del autor; han sido añadidos al preparar la edición (N.E.).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Hace tres o cuatro años tuve ocasión de discutir públicamente con Luc Ferry, actual ministro de Educación en Francia, acerca del significado del proceso europeo de modernización. El filósofo francés mantenía que la idea central de la Europa moderna es su oposición a todo planteamiento religioso y, en especial, a la concepción cristiana de la sociedad. La verdad es que sin gran esfuerzo –y recurriendo a autores como Charles Taylor o Alasdair MacIntyre– pude mostrarle que sin la visión cristiana del mundo, la ciencia, la técnica, los derechos humanos y la propia democracia no sólo resultarían inviables, sino que serían impensables.

Las dimensiones antropológicas que están en la base de la modernidad europea son, sin duda, la *libertad* y el *trabajo*, en su mutua implicación. Porque un trabajo que no tuviera en su base el ejercicio de la libertad sería un tipo de actividad que se asemejaría a la de los castores o las abejas, o quizá al de los elefantes amaestrados que se utilizaban hasta hace bien poco en las factorías madereras de Birmania, tan bien descritas por Amytar Ghosk en su novela *El palacio de cristal*. Y, de otro lado, una libertad no laboriosa, ineficaz, no pasaría de ser pura veleidad.

En este punto no resulta muy afortunada la contraposición de Hannah Arendt entre trabajo (*labor*) y acción (*action*), ni su distinción del modo de vida intelectual y político respecto al económico y laboral. Aunque el planteamiento de Josef Pieper resulte, en general, más profundo y certero, no acaba de ver las posibles conexiones entre trabajo y contemplación. Detrás de ambos planteamientos –y de otros muchos similares– se encuentra un defectuoso entendimiento de la diferenciación aristotélica entre *praxis* y *poiésis*, capital desde el punto de vista de la conceptografía filosófica, pero precisada de matices y mediaciones a la hora de su aplicación al mundo de la cultura y de la historia.

La separación de los modos de vida que estas distinciones extrapoladas llevan consigo ha contribuido a rigideces en la concepción católica de las modalidades de la vocación cristiana; rigideces que –si bien están doctrinalmente superadas– hacen sentir su peso en la vida eclesial hasta el día de hoy.

Como ha señalado el propio Lehmann, el principal protagonista e impulsor de esa toma de conciencia laical y secular, que lleva en el siglo XX a abrir nuevos caminos de santificación, a contrapelo de estos equívocos, es sin duda san Josemaría Escrivá, en cuya *revolucionaria* espiritualidad laical destaca Lehmann el papel central de la libertad ejercida en medio de las realidades terrenas. La fuerza con la que san Josemaría rompe tantos esquemas acartonados –no sin provocar a veces injustificados escándalos y sufrir una cadena de dolor que le une a Cristo en su Cruz– no es de carácter meramente especulativo sino de índole profética, vitalmente enraizada.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

La libertad en Josemaría Escrivá

Quienes hemos tenido la fortuna de conocer personalmente a Josemaría Escrivá de Balaguer, sabemos que el amor a la libertad constituye uno de los rasgos característicos de su temple humano. Le desagradaba la homogeneidad impuesta y consideraba la diferencia en los comportamientos como un valor positivo. Apostaba por la originalidad espontánea, mientras que sospechaba de la uniformidad. Confiaba más en las iniciativas y decisiones de las personas que en la exacta disposición de las estructuras. No le gustaban los formulismos protocolarios; prefería la sencillez de las manifestaciones informales. Por eso se encontraba uno tan bien a su lado: porque su vigorosa personalidad no constreñía a quienes le rodeaban, sino que contribuía a reafirmar los estilos de cada uno y a dilatar los propios ámbitos de expresión. Era un poderoso catalizador de la libertad: la vivía e impulsaba a vivirla.

Su profunda unión con Dios –Señor de la historia– y la fina percepción de los signos de los tiempos, le llevaron a anticiparse a la época que le tocó vivir. Ante la creciente complejidad de una sociedad cada vez más dinámica, ante las aceleradas demandas de cambio social, el *método* preferido de san Josemaría es siempre la personalización, es decir, la apelación a la energía de la libertad que, a través del trabajo, transforma el mundo para hacerlo cada vez más justo y habitable. Lo cual equivale, paradójicamente, a prescindir de todo método unívoco y rígido, a apostar decididamente por la comparecencia de la persona y por la fuerza creadora de la libre iniciativa.

Este temple personal y social se refleja en sus actividades intelectuales. El pensamiento de Josemaría Escrivá no es ideológico ni tecnocrático, pero tampoco recae en el individualismo. Antepone la vida a la norma y a la teoría. Considera que la libertad no puede hacerse derivar del curso implacable de algún modo de organizar la sociedad, o de una idea abstracta que de ella se forje. La libertad es una realidad radical. No surge de las estructuras o de los sistemas: son éstos, más bien, los que han de brotar de ella. Lo libre no puede brotar de lo necesario. De ahí que la libertad no puede ser otorgada por ningún poder humano; no hay que esperar a que graciosamente nos la otorguen o nos la permitan: hay que tomársela de una vez por todas, como él mismo nos recomendaba.

La libertad se consigue a golpe de libertad: se expande con su propio ejercicio. Cada decisión lograda abre nuevos campos para la elección. Pero, sobre todo, nos hace más libres, porque decidir es siempre decidir*se*. Va dejando en nosotros el poso de una libertad habitual, articulada por las virtudes morales e intelectuales, que potencian nuestras capacidades de acción y las lanzan a la conquista de una vida lograda.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

De manera que, así entendida, la libertad no sólo implica la ausencia de la coacción, lo que se ha dado en llamar *libertad-de*. Exige, ante todo, la *libertad-para*, la libertad entendida más como proyecto y compromiso que como independencia o desvinculación. El árbol sólo madura en sus frutos si permanece enraizado en la tierra que lo nutre; mientras que, desarraigado de ella, queda a la merced del viento que lo arrastra hacia cualquier parte.

Llegado a este punto, conviene deshacer un posible equívoco, a la vez que se apunta al núcleo de la concepción, que de la libertad y del trabajo –en su coimplicación– tiene san Josemaría.

El equívoco en cuestión afecta al moderno pensamiento antropocéntrico, cuyo principal hallazgo reside en lo que Hegel llamó, en su *Enciclopedia*, la *idea europea de la libertad*. La gran paradoja de la filosofía considerada moderna estriba en que su descubrimiento teórico y operativo de la libertad radical resulta malogrado porque la libertad humana se piensa de un modo que no responde a la condición humana ni a la naturaleza de la propia libertad. Tal modo improcedente queda cifrado en el concepto ilustrado de *autonomía*. Adviértase que, como sucede con todas las grandes intuiciones modernas, la raíz histórica de esta idea es originariamente cristiana. Frente al necesitarismo fatalista de casi todo el pensamiento griego, romano y árabe, la teología medieval cristiana afirma que el ser humano es *providentia sui*, conductor de sí mismo y, por lo tanto, irreductible al cosmos y superior a él. Pero la modernidad recoge esta noción y la *radicaliza* de forma equívoca, por vía de aislamiento y de contraposición, es decir, de un modo dialéctico. Dicho brevemente: toma la libertad como origen y la enfrenta con cualquier otro origen; lo cual aboca a pensar la libertad como un fundamento que excluye la relevancia de cualquier otra fundación. La tomista *providentia sui* decae en la spinoziana *causa sui*, que resulta al cabo insostenible. La libertad se convierte en un *a priori* subjetivado, en un dato racional sin fundamento: en algo tan extraño como el kantiano *Faktum* de la razón pura práctica. Dicho claramente: el hombre es radicalmente libre al precio de estar completamente solo. Lo cual equivale a romper trabajosamente las paredes de una celda, para penetrar en otra celda, sin salir de los muros de la prisión. Algo esencial se ha omitido, a saber, que el hombre es señor de sí mismo precisamente porque es imagen y semejanza de Dios, que nos ha querido libres al crearnos y nos ha hecho partícipes de su propia libertad al redimirnos.

Desde luego, la libertad radical según Escrivá de Balaguer no es la crispada autonomía moderna, cuyo interior vacío produce una implosión antropológica que desemboca en el nihilismo. Aunque no se reduce a constituir una mera prolongación enfática de la tradicional idea de libre arbitrio. Cabe decir, por ello, que la libertad, que es central en la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

espiritualidad laical y secular de san Josemaría sería difícilmente viable en un contexto cultural semejante al del Medioevo. Tampoco es, por completar las posibilidades, una componenda entre la contemporánea radicalización de la subjetividad y la clásica metafísica del orden y de la esencia. Es una superación intensiva –no dialéctica– que consiste en pensar la libertad de una manera más radical aún. Arraigada netamente en la tradición agustiniana y tomista, no retrocede ante el desafío antropocéntrico moderno, sino que denuncia sus insuficiencias, justo al desarrollar sus ignoradas potencialidades. Para llevar a cabo tal hazaña del espíritu –que ha abierto un nuevo camino de vida cristiana a miles de personas en los cinco continentes– no basta una inteligencia preclara: se precisa una vivísima fe. Es la vivencia lúcida y creciente de la fe en Cristo –Hijo único del Padre, primogénito entre muchos hermanos– la que permite a san Josemaría Escrivá cortar el nudo gordiano del problema de la libertad, traspasar las paredes de sus laberintos, y dar con una salida luminosa que incita a renovadas exploraciones.

El emblema de esta fulguración se encuentra en el propio título de una Homilía, pronunciada el 10 de abril de 1956, recogida después en el volumen *Amigos de Dios*[1]. El título en cuestión reza así: *La libertad, don de Dios*. No estamos, pues, ante una especulación desencarnada y parasitaria. Estamos ante una reflexión de hondura teológica cuyo realismo viene exigido por el afán apostólico de un santo, llamado a desempeñar un papel clave en la historia de la Iglesia, que sólo quería *hablar de Dios* y que, para ello, no cesaba de hablar con Dios. Y es precisamente este horizonte teológico, este insertarse vitalmente en la Economía de la Redención, el que permite comprender la libertad con una radicalidad y una amplitud que están a la altura del origen divino y del destino eterno de ese ser que cada uno somos: un ser que –recordemos a san Agustín– es *capax Dei*, *capax universi*. La envergadura del ser humano, la profundidad de su misterio, sólo se vislumbra cuando su libertad se comprende como un regalo de la Libertad divina. No hay mayor radicalidad, aunque nuestra mirada quede ciega ante tanta luz. Porque, si nos retiramos orgullosos ante la penumbra de la fe, si optamos por cerrar los ojos a la perspectiva sobrenatural que nos abarca y nos supera, sobreviene la superficialidad de quien todo lo reduce a las dos dimensiones de su trivialidad solitaria[2].

«En todos los misterios de nuestra fe católica –escribe san Josemaría en la Homilía mencionada– aletea ese canto a la libertad. La Trinidad Beatísima saca de la nada el mundo y el hombre, en un libre derroche de amor. El Verbo baja del Cielo y toma nuestra carne con este

1. Josemaría Escrivá, san, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid.
2. Cfr. Íd., *Camino*, Rialp, Madrid, n. 279.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sello estupendo de la libertad en el sometimiento» [3], que es justamente el cumplimiento de la voluntad divina.

La libertad humana no puede ser un aislado *a priori*, porque no constituye su propio fundamento. La Libertad de Dios funda la nuestra. Ahora bien, tal fundación no aminora la humana libertad, sino que la potencia hasta el punto de que la sitúa en una tesitura dialógica que permite al hombre ser conductor de su existencia cuando acepta su propia libertad como don de Dios. En este diálogo divino, es el Señor quien toma la iniciativa: «Él nos amó primero» [4]. Únicamente respecto a Él adquiere la libertad humana toda su radicalidad. Lo cual en modo alguno resta importancia a nuestras ordinarias decisiones terrenas. Este mundo no es como un gran teatro en el que sombras de aspecto humano representan una comedia cuya única realidad vendría dada por el desenlace final del drama. No: somos genuinos actores de nuestra existencia.

Como dice san Josemaría en su Homilía *Las riquezas de la fe*, «Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. Ha querido una historia que sea una historia verdadera, hecha de auténticas decisiones, y no una ficción ni un juego. Cada hombre ha de hacer la experiencia de su personal autonomía, con lo que esto supone de azar, de tanteo y, en ocasiones, de incertidumbre» [5]. Es la diaria experiencia, mediada por aciertos y errores, de empeñarse en vivir a la altura de nuestra condición, es decir, libremente.

La existencia ordinaria, la vida corriente de cada uno de nosotros, adquiere así una extraordinaria seriedad, porque lo humano se empapa de valor divino. En la homilía que el Fundador de la Universidad de Navarra pronunció en nuestro *campus*, el 8 de octubre de 1967, se diseñan vigorosamente las configuraciones de este peso de eternidad que todo lo temporal adquiere si la libertad se ejerce radicalmente: «Cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria» [6]. Donde el pensamiento racionalista sólo veía contraposiciones dialécticas, el realismo teológico –el *materialismo cristiano*– de Es-

3. Íd., *Amigos de Dios*, cit., n. 25.
4. 1 Jn 4, 19.
5. Josemaría Escrivá, san, «Las riquezas de la fe», en *ABC*, 2-XI-69.
6. Íd., Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, n. 116.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

crivá de Balaguer descubre una sencilla y fuerte unidad de vida, que reconcilia al hombre con Dios, con el mundo y con sus semejantes.

El mundo de esta conciliación es el trabajo, actividad humana en el que se dan cita *praxis* y *poiésis*, libertad y producción, intimidad y apertura.

Como es lógico, la radicalización de la libertad deja su sello en la concepción del trabajo que –incluso en un nivel humano– adquiere una trascendencia no vislumbrada por ningún pensador contemporáneo, a pesar de que sólo en los últimos siglos el humano laborar ha pasado a ser un tema filosófico de cierta relevancia.

La misión del cristiano

Si el trabajo es la realización intramundana de la libertad, no cabe concebirlo ya como el mero cumplimiento de una tarea prefijada por el *status* social, los deberes de estado y las convenciones profesionales vigentes. Según san Josemaría, la visión radical de la libertad que ha de caracterizar al cristiano de nuestro tiempo no le permite quedarse satisfecho con el tranquilo atenimiento a un proceder rutinario. Le exige que se sitúe en el propio manadero de las innovaciones que en el mundo social ocurren. Un trabajo santificado es un trabajo innovador, anticipador, inventivo.

La misión del cristiano en este mundo consiste en meter a Cristo en la entraña de todas las realidades terrenas, lo cual sólo puede lograrse si el propio cristiano –en lugar de ser un inerte convidado de piedra– se constituye en uno de los protagonistas del diseño y la génesis de las nuevas realidades que surgen cada día en la compleja sociedad del conocimiento.

Sería letal para la unidad de vida, característica de esta actitud seriamente laical, que se produjera una especie de reparto del territorio, según el cual sólo cupiera hablar de una *libertad interior* que el cristiano ejercitaría de una manera puramente espiritualista, mientras que en el ejercicio de su profesión sería un probo trabajador o directivo, puntual cumplidor de sus obligaciones, honrado padre de familia y pasivo espectador del acontecer público, tanto sociopolítico como cultural. Se habría achicado entonces drásticamente el concepto de vida corriente y la visión del compromiso del laico con la orientación cristiana de su entorno social quedaría trivializada.

El déficit de creatividad –con la consiguiente ineficacia– en el actual ejercicio de las profesiones tiene en su raíz el exclusivismo del ejercicio pragmático de la libertad. Cuando se pierde de vista el orden de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

los fines –que convergen en Dios, último fin– la libertad misma se hace medial y, por lo tanto, se funcionaliza. Se absolutiza el orden de los medios, lo cual implica una marginación del uso ético de la libertad, que consiste en la ordenación de los medios naturales o técnicos a los fines propiamente humanos.

El ejercicio sólo pragmático de la libertad es aporético. Porque la preferencia de los medios se fundamenta en la referencia a sus fines. Carente de finalidad, identificada con la determinación mecánica, esa libertad truncada se suprime a sí misma. Lo cual explica que la búsqueda obsesiva de la eficacia sea una actitud sin objetivos, que acaba por revelarse como totalmente ineficaz y, por lo tanto, carente de toda creatividad. Cuando se cancela la vigencia de los fines, nada es preferible a nada: todo da igual.

La índole creativa de la libertad es indispensable para ejercer en toda su envergadura el programa de *santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo y santificar el trabajo* que constituye el núcleo de la propuesta espiritual de san Josemaría. Porque el empeño santificador, que respeta la naturaleza secular de las profesiones y oficios, no deja intactas esas ocupaciones humanas. Las vivifica por dentro, les confiere un aliento innovador que trasciende con mucho al mero acabado técnico de un estereotipo recibido.

Santificar el trabajo

Si nos fijamos en el tercer miembro de este lema –el que dice: *santificar el trabajo*– podremos apreciar la libertad radical que implica su elevación a un orden que supera la repetición rutinaria. La esencia de la santidad es el amor, y al objeto amado se le trata con admiración, con sorpresa, como si fuera la primera vez que uno se encuentra con él. El trabajo adquiere, así, las características del arte, en el que no cabe la aplicación de reglas consabidas, de recetas mil veces usadas.

En la actual sociedad del conocimiento, el catalizador de todo trabajo creativo es *saber más*. De manera que lo decisivo no es lo que ya se sabe, sino la capacidad de avanzar en el conocimiento. Una condición necesaria –aunque no suficiente– para santificar hoy el trabajo es un no cejar nunca en el empeño por saber más, por estar al día, por incrementar la personal preparación teórica y práctica. El escueto enunciado de san Josemaría –«la formación no acaba nunca»– acrecienta sus virtualidades cada año que pasa y es una muestra, entre otras muchas, de que su mensaje no se dirige a las mujeres y a los hombres de un periodo histórico con fecha de caducidad, sino que está indefinidamente abierto al futuro de las personas que deciden y trabajan.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

No propone Josemaría Escrivá un programa elitista para intelectuales de vanguardia, tecnólogos de punta o ejecutivos globalizados. No incita a nadie a labrar primorosamente el pedestal de su propia excelencia, para subirse a él y proponerse de ejemplo a sus semejantes. Además de pedante y odioso, tal comportamiento sería penosamente inviable para seguir a un Maestro que, tal vez la única ocasión en que se ofreció explícitamente como paradigma, se limitó a decir: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis la paz para vuestras almas» [7].

No acepta san Josemaría el enfrentamiento entre libertad y entrega. Una entrega sin libertad equivaldría a un servilismo infrahumano. Una libertad sin entrega a Dios y a los demás, sin disposición incondicionada de servicio, sería ilusoria y quedaría truncada; es más, se resuelve en veleidad, en la mera *choice* de quien elige el producto más brillantemente empaquetado en una *gran superficie*. «Nada más falso –dice nuestro primer Gran Canciller– que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad» [8].

Reflexionemos sobre este breve texto, porque en él encontraremos uno de los puntos más originales y profundos de la concepción que san Josemaría tiene de la libre acción del ser humano en el mundo del trabajo. Por una parte, se subraya que esa libertad nuestra, recibida como don de Dios, se hace a su vez donal, se ofrece como regalo a otras libertades sin las cuales ni siquiera podría existir. Mas, por otra, queda bien claro el carácter originario de la libertad, de la cual deriva la propia entrega. El filósofo y teólogo Cornelio Fabro advirtió la innovación que esta postura supone tanto respecto al pensamiento moderno, como respecto a la doctrina tradicional: «Hombre nuevo para los tiempos nuevos de la Iglesia del futuro, Josemaría Escrivá de Balaguer ha aferrado por una especie de connaturalidad –y también, sin duda, por luz sobrenatural– la noción originaria de libertad cristiana. Inmerso en el anuncio evangélico de la libertad entendida como liberación de la esclavitud del pecado, confía en el creyente en Cristo y, después de siglos de espiritualidades cristianas basadas en la prioridad de la obediencia, invierte la situación y hace de la obediencia una actitud y consecuencia de la libertad, como un fruto de su flor o, más profundamente, de su raíz» [9].

La *obediencia de la fe* es más que una virtud humana junto a otras. Remite a una esencial actividad del cristianismo, quien, por serlo, sabe que no se puede salvar a sí mismo, sino que ha de ser salvado por Cristo. Es la actitud de abandono y esperanza, diametralmente opuesta a la

7. Mt 11, 29.
8. Josemaría Escrivá, san, *Amigos de Dios*, cit., n. 30.
9. Fabro, C., *El temple de un Padre de la Iglesia*, Rialp, Madrid 2002, p. 186.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

suficiencia de la autonomía antropocéntrica. Pero, a su vez, esa entrega de uno mismo al Señor que libera sólo puede brotar de una libertad personal e insustituible.

Liberación de sí mismo y filiación divina

Aparece aquí, más allá de los dos sentidos antes apuntados –libertad-de y libertad-para– un tercer sentido, al que podríamos denominar libertad de sí mismo. Nos ha costado sudor y sangre aprender que el yo humano no se puede amueblar como quien decora el apartamento de un nuevo rico. Tampoco es muy sabio hacer con él experimentos conceptuales y psicológicos que acaban desembocando –cuando menos– en la *cultura del prozac*. El yo humano no es un recinto cerrado y agobiante: es un vector de proyección y entrega. En cierto modo representa –según sabemos desde Aristóteles– un vacío que clama por su plenificación. Ahora bien, para que esa plenitud de la vida lograda comience a desarrollarse, es necesario proceder simultáneamente al vaciamiento de uno mismo y a la entrega amorosa a los otros. *Amor meus, pondus meus*, decía san Agustín: mi peso interior no son mis ocurrencias, experiencias o caprichos, de los que más bien he de librarme; lo que me afirma en la vida y me aporta voluntad de aventura es mi amor personal, definitivo e irreversible.

Esta idea de la libertad como *liberación de sí mismo* procede de Schelling y ha sido actualizada en nuestros días por Fernando Inciarte. No se trata, en modo alguno, de un retorno a la estrategia estoica del desentendimiento, presente sin embargo en la lúcida expresión «yo paso de todo» usada en la actual jerga juvenil. Tampoco está emparentado tal ideal con las técnicas pseudorientales del yoga o la meditación trascendental, que abocan al vacío existencial o a la estolidez física. La libertad de sí mismo se entronca con la más castiza tradición filosófica de signo socrático, según la cual ningún objeto de este mundo puede agostar nuestra capacidad de asomarnos al misterio de lo real. También la concepción platónica del Bien se encontraba más allá de toda posible representación formal. Y Aristóteles, además de señalar que el alma es en cierto modo todas las cosas, afirma en su *Metafísica* que el filósofo es amante de los mitos, porque en el fondo de todo late lo maravilloso.

Pero la fuente de este desprendimiento de uno mismo se encuentra en san Josemaría mucho más inmediatamente, íntimamente conectada con un rasgo fundamental del espíritu del Opus Dei, sin el cual esta conciliación de libertad y obediencia sería esencialmente inviable. Se trata del sentido de la filiación divina, manifestación del misterio de la misericordia infinita del Padre, que se actualiza en la entrega incondi-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cionada de Cristo en la Cruz, y opera en nuestra alma por la acción renovadora del Espíritu Santo. Misterio en cuyas honduras se adentró san Josemaría hasta alcanzar cumbres a las que apenas soy capaz de aludir. Como ha escrito la profesora Mónica Codina, «el que se reconoce hijo, no se encuentra atado a la esclavitud de su propia decisión, no tiene ya que dotar de sentido a la realidad que le rodea, sino más bien abrirse al sentido que Dios Padre le ofrece. De este modo, puede trascenderse a sí mismo y vivir libre de sí, de su único horizonte y posibilidad. Pero esto significa introducirse en el misterio y vivir dentro de él. ¿Cómo podría el hombre liberarse del pecado? Es más, ¿cómo podría alcanzar la libertad respecto de sí, si sólo él fuese la fuente creadora de sentido?» [10].

La paradoja del ser humano estriba en que sólo estando libre de sí mismo, de sus prejuicios y negativas experiencias, puede ganarse a sí mismo, en una libertad que le acoge y le supera. A este empeño de *liberación de sí mismo* se oponen las concepciones insuficientes de la *libertad-de* y la *libertad-para*, que tratan de coaccionarnos desde la opinión pública dominante. El intento de *liberarse-de* una versión empequeñecida de sí mismo se concibe como un atentado contra la libertad del individuo. La propuesta de *verdades para que el hombre sea libre*, las únicas que hacen posible su plenitud y la recta ordenación del trabajo humano, comprometerían su autodeterminación.

A nadie se le oculta que el logro de la libertad de sí mismo es una hazaña existencial de gran envergadura. De ahí que no se puede alcanzar nunca contando solamente con las propias fuerzas. Necesitamos la ayuda de los otros y del Otro –la inserción en la Comunión de los Santos y en el dinamismo de la vida intratrinitaria– para lograr una pureza de corazón que, según Kierkegaard, consiste en «amar una sola cosa». Es esa plenitud existencial que hemos palpado en la vida de san Josemaría Escrivá. Es, en otros niveles, esa agilidad interior que detectamos en las personas más valiosas e interesantes que hemos tenido oportunidad de conocer: personas que están centradas en una única finalidad, pero que, al mismo tiempo, permanecen atentas a todos los que las rodean; personas que no arrastran la carga de las frustraciones y resentimientos, sino que viven a fondo, con la confianza de los hijos de Dios, el *carpe diem*, la libre intensidad de la hora presente. Al acercarse a la liberación de sí mismo, se rescatan y resumen las mejores potencialidades de la libertad-de y la libertad-para. Porque el que no vive para sí

10. CODINA, M., «La libertad humana, don de un Dios que es Padre. En torno a una homilía del Beato Josemaría Escrivá», en VV.AA., *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*, Actas del XX Simposio Internacional de Teología, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2000, p. 638.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

está libre de toda traba existencial y dispuesto a lanzar su vida hacia el logro de metas que merezcan tan arduo esfuerzo.

La realización de este ideal de vida sólo es posible a través de la propia acción por la que el hombre crea en el mundo ámbitos de libertad a través de su trabajo. San Josemaría no sólo recibió una clara inspiración de Dios para trazar este programa fascinante, sino que enseñó con su vida el camino en cuyo seguimiento el trabajo se hace medio e instrumento para el logro de la plenitud humana y cristiana.

Entregarse a los demás por amor a Dios y prescindir de los propios intereses es la vereda que nos permite hacer de este mundo un libre espacio para la manifestación de los hijos de Dios, a través de un trabajo santificado y santificador.

Para lograr liberarse de uno mismo y ser libre para Dios, hay que aprender a olvidar y aprender a recordar. Lo dijo Carlyle: «Un sabio recordar y un sabio olvidar: en eso consiste todo».

Coloquio *

Pregunta. Me parece una lección maravillosa, y me ha impactado mucho esa afirmación, quizá obvia para muchos pero que he oído muy pocas veces: que el trabajo sólo es santificado si es innovador y si es creativo. Me parece que ha hecho esa afirmación. ¿Y la sostiene con esa radicalidad?

Respuesta. Sí, claro. En realidad es la tesis de mi conferencia.

Pregunta. Entonces, la pregunta es: ¿la perfección técnica del trabajo no existe?

Respuesta. Bueno yo creo que se trata de una aproximación. Hay que procurar que las cosas funcionen y eso es una condición necesaria, pero no suficiente. Que un coche funcione, que ande, está bien, pero no basta simplemente con eso. Luego hay que hacer un coche mejor, hay que ponerle otro carburador, hay que aprender a conducir mejor... ir mejorando diversos aspectos.

*. Se añaden las respuestas a las preguntas que corresponden al coloquio final de la conferencia y, también, a la sesión final del simposio, dedicada a la discusión de los temas planteados. Obviamente, se han hecho algunas correcciones de estilo sobre la transcripción de la exposición oral de las preguntas y respuestas. En ocasiones, se encuentra la misma pregunta repetida porque fueron varios los ponentes que intervinieron para responder, o se recogen referencias mutuas que formaron parte de diálogos entre varios participantes.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pregunta. Pero incluso el que ande o no ande no es tan importante.

Respuesta. En el caso del coche parece obvio que sí. Pero no hay que limitarse a ello, porque, si no, creo que se cae, por una parte, en el perfeccionismo –que es un mal asunto–, y, por otra, en el cierre de las posibilidades. Esto tiene su intención en el sentido de que a los católicos se nos ha acusado injustamente de lo contrario, y a veces nos lo hemos ganado. En algunos países de mayoría católica, como es éste, resulta que al menos los que pasan por ser innovadores son gente que aparece como no católica.

Lo ponía de relieve un profesor de esta Universidad: si uno coge los suplementos culturales de los diarios nunca sale un católico más que *per accidens*. Yo, aunque sea un ejercicio un poco masoquista, leo todas las semanas varios de esos suplementos, a título de liberarme de mí mismo. Aparece ocasionalmente algún católico, que no es públicamente conocido como católico, pero desde luego como tal, *qua talis*, no ha lugar. No digamos en suplementos de prensa con tendencia anticristiana. Ésa es la imagen de la inteligencia.

Hace unos días, uno de esos suplementos publicaba un número dedicado a la crítica literaria, a la crítica del pensamiento. Ese número me dejó perplejo, porque en la imagen de portada aparecía un pobre escritor con unos legajos y al que se le clavaban unas plumillas. Me sorprendió porque nunca he visto en esas recensiones que le claven una plumilla a nadie, a no ser a algún autor despistado que puedan poner como un ejemplo. Pero nunca lo han hecho con alguno de los suyos, de los autores de su línea. En esas páginas, venía una primera hoja en la que el autor venía a decir: «No, no. La crítica española está muy bien. Sólo accidentalmente se ensañan con alguien». Creo que ese «sólo accidentalmente» quiere decir nunca, porque los que reseñan son los amigos y la gente de las editoriales... y escriben bajo la fórmula «te doy una cosa a ti, tú me das una cosa a mí». El resto de la gente no aparece, sencillamente. Esto es injusto y está mal planteado...; no sé por culpa de quién, ni le echo la culpa a nadie, pero ése es el hecho en otros muchos aspectos de la vida en este y en otros países.

Volviendo a su pregunta, en esa visión casi cósmica y por supuesto social, con la que ve san Josemaría el trabajo, me parece que una de las condiciones de la santificación del trabajo es la de estar abierto al futuro. Viene a significar que «se debe hacer un trabajo... como hoy día hay que hacerlo».

Quiero decir que tal vez en la Edad Media lo que había que hacer era hacer muy bien el oficio que tuviera cada uno. Sin embargo, hoy en día, lo que se pide de un buen profesional es que se invente cosas. Si al-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

guien –cuando le dan un trabajo– preguntara: «¿Qué hay que hacer aquí?», la respuesta obvia es que se le ha contratado precisamente para que piense qué es lo que hay que hacer. «Pero ¿no hay unas instrucciones? ¿No hay un manual del puesto de trabajo?...». A veces me han pedido hacer manuales de los puestos de trabajo en la universidad. Entonces no necesitaríamos gente. Habría uno que se leería todos los manuales y haría todo. Lo difícil es hacer el manual.

Pregunta. Me permito continuar con el ejemplo del coche. Aquí al lado se encuentra la factoría de Volkswagen. ¿Cómo se compagina la capacidad de innovación, la creatividad, con el trabajo que allí tiene que desempeñar muchas veces una persona: un trabajo necesariamente limitado a una actividad absolutamente rutinaria, en donde salirse del carril es precisamente perder el trabajo?

Respuesta. Como apuntaba la profesora María Pía Chirinos en su conferencia, creo que actualmente caben muchas alternativas en el trabajo manual. Supongo que, en esa y en otras factorías, se pueden disponer las cosas de diferentes maneras, plantear alternativas, y que, además, se escuchará al trabajador. Porque el trabajador también interviene en el proceso. El profesor Leonardo Polo explica muy bien esa forma de intervención cuando señala que el que recibe una orden, al cumplirla o no, o al cumplirla de una manera u otra, envía una orden al que se la ha dado. Es un proceder dialógico, de manera que según la manera en que se cumpla la orden –o en que no se cumpla, porque no se pueda cumplir– se está enviando una orden a quien dirige. Por lo tanto, se está modificando la conducta de quien dirige. De suerte que no se puede decir hoy que haya un trabajo directivo separado de un trabajo operativo, sino que todo trabajo es directivo y es operativo. Hasta en los trabajos aparentemente más mecánicos hay mucho de operativo.

Cuando venía hacia aquí, he visto a los jardineros de la Universidad trabajando con esas máquinas increíbles, increíbles desde todos los puntos de vista. Seguro que esas máquinas se le han ocurrido a un jardinero y no a un ingeniero forestal. Y a lo mejor a algún otro jardinero se le ocurre hacer una de estas máquinas sin ruido. Y de esta manera se va perfeccionando el trabajo.

Tan nefasto es un trabajo operativo que no tenga nada de directivo –en realidad no lo hay– como un trabajo directivo que no tenga nada de operativo. Éste es uno de los problemas de –los mal llamados– ejecutivos, porque el problema de los ejecutivos es que no ejecuten. Son gente que cree que lo que tienen que hacer es pensar, tener ideas..., pero, en realidad, lo importante no es tener ideas sino llamar por teléfono. Si alguien tiene que plantear una cosa a otro, lo importante no es

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el qué; lo importante es el cómo. Por esa razón, un directivo tiene que hacer una cantidad de cosas: escribir cartas, llamar por teléfono, realizar entrevistas, estar pendiente del curso de los asuntos...; tiene que trabajar. En este sentido, creo que la visión del trabajo que recoge Chaplin en *Tiempos modernos* era anticuada ya en su momento. Y creo que cada vez lo es más. Cada vez se va a un procedimiento de trabajo con nuevas técnicas de organización *just in time* y en las que la iniciativa personal pesa mucho. De forma que casi cualquier trabajo puede tener un carácter creativo. Pueden tenerlo –posiblemente más incluso, como diría la profesora Chirinos– los trabajos aparentemente menos elevados, porque en ellos hay más campo de juego que en otros, donde la cantidad de condicionamientos es tal que resulta muy difícil salirse del rail.

Pregunta. Me ha gustado mucho como ha conectado la noción de creatividad y libertad con la confianza. Cuando le oía, pensaba que efectivamente la confianza se inspira, pero también se otorga. En este sentido, últimamente en el mundo de la empresa se habla del capital humano, aunque no sé si por lo que implica de capital o de humano. Entiendo que hay un problema porque la creatividad, la libertad, la confianza tienen que estar, por otro lado, sopesadas con los resultados. De una parte, la creatividad no puede ser anárquica –porque tiene que estar dentro del engranaje de una organización– y tiene que dar resultados, pero, por otra, tampoco puede quedarse simplemente en la satisfacción de resultados, resultados, además, que sean cada vez más satisfactorios. ¿Cómo plantearía usted la resolución de ese problema?

Respuesta. Estoy de acuerdo con que –porque todas las cosas drásticas tienen su contrapeso– lo fundamental de la confianza es la confianza que se inspira. Parece que la confianza más bien se otorga, aunque siempre se inspira de un modo u otro. Efectivamente tanto unos como otros tienen que inspirar confianza. No sólo tiene que inspirar confianza el que manda, sino también el que obedece.

Se puede aplicar al campo del trabajo empresarial, que es en la actualidad el gran porcentaje del trabajo productivo. Ya en el comienzo de lo que se llama *management*, aparece la idea según la cual las estructuras formales aseguran resultados mínimos, y sólo las estructuras informales aseguran resultados óptimos. Naturalmente, si no tienes resultados mínimos, no aspires a resultados óptimos.

En esta Universidad se decía hace años una broma, y lo recuerdo ahora con inmenso respeto: cuando era rector don Ismael Sánchez Bella, que era y sigue siendo todo optimismo, la gente decía: «Es la mejor universidad del mundo»; cuando le sucedió don Francisco Ponz, que es un hombre práctico, la gente decía: «Bueno, ahora ha venido don Fran-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cisco para hacer de la mejor universidad del mundo una buena universidad».

Para que algo funcione tienen que haber unas reglas y unos protocolos, y eso hay que cumplirlo, y asegurar unos resultados mínimos. Ahora bien, si se quiere alcanzar resultados óptimos, hay que dejar que la gente se las componga, dentro de ese marco en el que no se perjudique el rendimiento estándar. Con otras palabras, si se quiere realmente lograr una producción excelente tanto en calidad como en número, entonces hay que dejar que la gente conspire lealmente.

Ese criterio se ve muy claramente en una universidad. Si el rector dijera simplemente a los profesores: «Ustedes tienen que cumplir con su deber». Y si la respuesta de cada uno fuera: «Sí, voy a cumplir con todo lo que usted me diga». Entonces se paralizaría la universidad. Como decía el profesor Juan Antonio Pérez López: «La gran venganza del subordinado es la huelga de celo». Es decir, si en una universidad se cumpliesen todas las reglas establecidas, sería un caos total. En primer lugar, porque no se sabe con exactitud cuáles son las reglas establecidas, y porque, además, con frecuencia éstas son contradictorias entre sí. De manera que un profesor tendría que hacer una cosa y su contraria: por ejemplo, si respetara exactamente los plazos de exámenes, no podría dar exámenes a un cierto número de alumnos.

Es necesario dejar que funcionen las estructuras informales y en ellas hay que confiar en las personas. Normalmente cuando se hace así, se funciona mucho mejor. Esta Universidad es un ejemplo en este sentido.

Claro que he citado en varios momentos algún texto de san Josemaría donde habla del riesgo de la libertad. Dios corre con nosotros el riesgo de la libertad, y nosotros lo corremos con los demás y los demás con nosotros. La libertad lleva consigo siempre riesgo, pero no hay riesgo peor que no querer correr riesgos. Es decir, que si se quiere controlarlo todo, si se quiere no correr ningún albur, entonces uno está muerto; está muerto y enterrado. En el mundo de la economía, en el mundo de la filosofía, en cualquier mundo, quien actúa así será siempre un mediocre. Uno ya es un mediocre normalmente a pesar de intentar asumir los riesgos, pero lo es más aún si encima no se atreve a correr riesgos.

Pregunta. Quisiera escucharle un poco más sobre qué quiere decir «trabajo creativo». ¿En qué medida ese trabajo creativo es un trabajo santificado o santificable? ¿Qué relación tiene esa creatividad con la santificación?

Respuesta. Respecto al trabajo creativo, cuando habla precisamente de las finalidades del trabajo, san Josemaría dice que es medio para el

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sustento propio y de la propia familia, contribución al bien común de la sociedad y al mejoramiento de los grupos humanos... y, entre otras cosas, colaboración con la obra creadora de Dios. Eso aparece también, si no recuerdo mal, en la *Laborem exercens.*

De ahí se puede establecer inmediatamente una analogía respecto a la creación en el sentido metafísico: el que se haga algo de nada. Hacer algo de la nada significa que no se hace de algo, se hace de nada, no que la nada sea una especie de materia previa. En esto el hombre se asemeja a Dios. El hombre tiene cierta capacidad creativa que no consiste en hacer algo de nada, pero sí consiste en hacer algo desde casi de nada, por así decirlo. Y tanto más creativo es, cuanto se hace más con menos. Si uno tiene mucho y hace poco no se considera que sea muy creativo. Si tiene muy poco y hace mucho se dice que es un hombre muy creativo. Aquí, hace años, había laboratorios en que prácticamente no había medios, y había gente que iba al basurero de aparatos y cogía un trozo de aquí, un trozo de allá, y algunos de ellos hicieron con eso artículos que salieron en las mejores revistas. Eso es un trabajo muy creativo. Inventaron una cosa casi con nada. Pues eso pertenece a la esencia del trabajo humano, a diferencia del trabajo que pueden hacer los animales. Las abejas hacen sus hexágonos perfectamente, desde los tiempos de Plinio hasta ahora. Y nosotros hacemos cosas completamente diferentes a las de entonces, y para eso queremos el trabajo aunque sea sobre la base de lo mínimo indispensable. Hay cosas que se siguen haciendo muy parecidas a como se hacían hace dos o tres mil años. Pero el trabajo consiste, fundamentalmente, en esa creatividad. De esa manera pienso que contribuimos a la obra creadora, porque no creo que se pudiera decir esto en el sentido estricto si nos limitáramos a hacer siempre lo mismo.

Naturalmente, ése es sólo uno de los aspectos. Hay otros aspectos que son más importantes, pero que están relacionados con éste, en la medida en que no hay reglas fijas o no completamente fijas. Las reglas son una de las dimensiones del trabajo. Como decía el profesor Argandoña, esas reglas remiten a su vez a los bienes, y los bienes tienen que ser captados por el sujeto; y esos bienes remiten a las virtudes, que son la capacidad de captación de los bienes, y de observancia de las normas. Por tanto, en último término, la labor humana hace referencia al último fin, ya que ninguno de los fines inmediatos es suficiente para hacer bueno ese operar humano. De manera que el trabajo perfecto es el que hace el hombre bueno y el que hace bueno al hombre. El hombre es el «perfeccionador perfeccionable», como dice el profesor Polo.

Creo que las expresiones «perfecto» o «perfección del trabajo» no deben entenderse de manera estática, sino de manera dinámica. La perfección no es una cota que hay que alcanzar, sino que siempre se puede

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

romper. Creo que hacer algo con perfección es intentar romper la cota conseguida hasta entonces.

Si a uno se le da la vida otra vez, hay que intentar no bajar del mínimo indispensable. Muchas veces es la actitud humana. Si uno trabaja con otras personas, pues tiene que apañárselas para presentar las cosas de una manera que sea interesante, que sea innovadora. Ahí lo humano es más importante que lo material. Hay muchas cosas que pertenecen a la vida de una familia, y ahí la perfección está en hacer bien las cosas que se hacen, pero también en hacerlo divertido. Que la idea de perfección en el trabajo no sea algo aburrido, sino una cosa dinámica, una cosa divertida, interesante, sugestiva, eso es trabajo creativo.

Pregunta. Mi pregunta toma ocasión de algunas cosas que se han dicho en las conferencias del profesor Alejandro Llano, y de la profesora Chirinos. El asunto es si las categorías filosóficas que se suelen usar para entender el trabajo son suficientes. Se ha hablado de la diferencia entre la *praxis* y la *poiêsis* en Aristóteles, aunque –como apunta el mismo Heidegger– quizá no es tan fuerte la dicotomía entre ambos conceptos.

Estoy de acuerdo con el profesor Llano en que la dicotomía entre *praxis* y *poiêsis* es muy importante en Aristóteles para entender a la actividad humana. Pero me parece que la noción de *praxis* que se ha usado aquí se toma del análisis de la actividad intelectual, del ejercicio de las operaciones intelectuales. A veces se ha intentado entender desde la *praxis* aristotélica la contemplación tal como la entiende el cristianismo. Me parece que esto cuadra mal, porque la *praxis* en Aristóteles es algo muy concreto. Por ejemplo, se dice que el cristianismo ha descubierto que el amor también es una *praxis*, pero si es una *praxis* lo es de un modo muy distinto. Los medievales hablaban de inmanencia: lo propio de la actividad intelectual es que queda en el sujeto, que lo perfecciona, pero, en el caso del amor, éste es quizá más inmanente que el conocimiento. Y, sin embargo, no puede entenderse sin exterioridad, sin alteridad, sin otras personas, y sin un don que se ofrece a otras personas.

Por lo tanto, como dice san Josemaría, el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor, y sólo el hombre trabaja porque sólo el hombre es capaz de amar. San Josemaría siempre pone el trabajo en el marco del amor; no sólo que el trabajo se haga de acuerdo con la inteligencia, sino también desde el amor. Lo que me gustaría saber es qué se podría hacer para completar los conceptos que ofrece la filosofía para explicar el trabajo.

Respuesta. La distinción es clave para la conceptografía filosófica. Luego la aplicación tiene ya sus problemas como aquí se estaba viendo.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Entre otras cosas, no queda inicialmente claro que no toda *praxis* –que es acción inmanente– es una acción perfecta.

Mikel G. Santamaría sostiene la tesis, en un trabajo aún no publicado, de que la *praxis* ética no es exactamente lo mismo que la *praxis* cognoscitiva. Entre otras cosas, no se le puede aplicar del todo el famoso test del presente y pretérito perfecto; el test en cuestión, muy conocido en nuestro departamento de Filosofía, es uno que el profesor Polo –aunque originalmente es de Aristóteles –comentaba siempre: «Uno conoce y ha conocido; uno piensa y ha pensado». En cambio, no se puede decir que «uno es virtuoso y ha sido virtuoso»; se puede decir sólo parcialmente. Así como en el conocimiento es tan concreta la *praxis* aristotélica, lo que Polo dice creo que tiene que ver con eso: si has visto la solución de un problema, no se te olvida nunca o no tiene por qué olvidarse; en cambio, la virtud es trabajosa y nunca acabas de ser del todo bueno. Y, aunque Aristóteles le aplica la idea de que ahí hay ya un fin, porque la virtud no es puramente medial, aparece el tiempo en la vida ética.

Hay que ampliar la noción para incluir en ella una idea que no estaba en Aristóteles, y que es la idea del amor en sentido cristiano. Aunque los griegos distinguen entre *ágape* y *eros*, me parece que esa distinción es más platónica que aristotélica. Ni la voluntad, ni propiamente la libertad, ni el amor están presentes en Aristóteles.

De manera que ya se ve que el cristianismo puede utilizar unas categorías filosóficas y una visión de algunos aspectos de la vida humana y de la metafísica, pero no todos ni mucho menos.

A mí no me parece mal lo que intenta Heidegger con la distinción de las formas de *praxis*. Ofrece al menos otro punto de vista interesante en la línea que él llevaba: la *techné*, la técnica como tecnología y como arte, es un modo de conocimiento que tiene que ver con la *poiêsis*. Eso ya dignifica mucho la *poiêsis*.

Además no hay que olvidar la polémica interna en Aristóteles, en la propia *Ética a Nicómaco*, entre la primacía de la sabiduría o la contemplación –lo que él entendía por contemplación– y la prudencia, que al final parece que se resuelve en la sabiduría. Pero no es una solución tan clara, porque la sabiduría en la medida que es contemplación pura, es divina. De suyo, por sí misma, es superior, pero para el hombre parece que es más bien inalcanzable y éste debe moverse en el ámbito de la prudencia, la virtud política, etc. No me parece que ahí Heidegger vaya tan desencaminado. Aunque, efectivamente, él acaba llevando el asunto a su propia forma de pensar, que es la primacía de la práctica sobre la teoría.

Creo que estas nociones han de ser completamente reelaboradas, y que eso está aún por hacerse. En ese sentido, estoy de acuerdo con que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el problema de la teoría del trabajo es que no sabemos qué es exactamente el trabajo. Porque es un tema, curiosamente, muy nuevo filosóficamente, del que prácticamente no hay tradición, por así decirlo, y porque es extraordinariamente complejo, como se ha visto aquí. Me alegro que esto se haya dicho al final, porque si al final deducimos una noción aparentemente muy clara, seguro que es falsa.

Comentario final a las últimas intervenciones de los profesores Gonzalo Redondo y Antonio Argandoña, por este orden, en torno a las cuestiones de la persona como novedad y la ética como campo de perfeccionamiento de la persona

Estoy completamente de acuerdo en que lo más creativo de todo es la ética, que es de lo que aquí se ha hablado también. Es decir, el logro de la vida buena es lo que da más de sí, más que cualquier ajuste de la realidad

Pero temo un poco que a veces el lenguaje nos conduzca sin querer a lo que se llamaría la «ética de la intención», la «ética de la conciencia», dejando de lado la «ética de la realidad» que en estos campos tiene mucho que decir. Ayer mismo, un colega me anunciaba que me iba a reprochar no sé qué. Cuando le respondí que me imaginaba de qué se trataba, pero que yo tenía buena intención, me dijo: «Naturalmente la buena intención no basta, hay que hacerlo bien». Ahí existe el peligro de la arrogancia y del fracaso, pero eso hay que integrarlo en la vida buena, en la unión con el dinamismo redentor. Eso implica meter las manos en la masa... no sé como decirlo. Y no basta con decir que uno tenga buena intención. *Periat mundum, fiat bonam intentionem.* Que, aunque perezca el mundo, uno se salve. Si de paso cada uno puede mejorar un poco las cosas, seguramente eso le ayudará a salvarse.

Creo que también coincidimos en que lo más importante es efectivamente la persona. Estoy muy de acuerdo con lo que ha dicho el profesor Gonzalo Redondo. Por citar una vez positivamente a Hanna Arendt, quien afirma: «Lo único nuevo es un niño que nace». Lo importante es la natalidad de la que andamos tan poco sobrados. Lo único nuevo que se produce en este mundo, porque ahí hay creación en el sentido estricto, es un nuevo ser humano que venga a este mundo, que sea concebido. Efectivamente al lado de eso cualquier otra cosa es algo secundario. Pero ese niño, ese nuevo hombre, también tendrá que trabajar.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei